



INTERNATIONAL CATHOLIC
CHARISMATIC RENEWAL SERVICES

SIRVIENDO A LA
RENOVACIÓN CARISMÁTICA EN LA
IGLESIA CATÓLICA DESDE 1972

Boletín para Servidores

Guiados por el Espíritu:

Soy líder. Cómo discernir que Dios me está pidiendo que deje el liderazgo

P. Wojciech Nowacki

Después del liderazgo: Por dónde empezar

Allan Panozza

Preguntas a la Comisión

Doctrinal de ICCRS:

¿Es legítimo «proclamar» o «declarar» sanaciones?

BOLETÍN DE ICCRS PARA SERVIDORES

Formación para líderes actuales y nuevos de la RCC

VOLUMEN XXII, NÚMERO 5

OCTUBRE - DICIEMBRE 2016

Guiados por el Espíritu:

Soy líder. Cómo discernir que Dios me está pidiendo que deje el liderazgo

■ Michelle Moran



Al ser llamados a dirigir, siempre nos hacemos la pregunta: ¿cómo discernir que Dios de verdad quiere que asuma este ministerio? Cuando se le pide a alguien que asuma una coordinación, no pocas veces hay una fuerte resistencia, ansiedad, temor y dudas en cuanto a su aptitud para tal servicio o su potencial para cumplirlo. En respuesta a este llamado al liderazgo, las personas con experiencia confían en que Dios está con ellos durante el servicio y que en él todo es posible.

Con el liderazgo puede llegar la tentación del poder. El ministerio puede llegar a ser un apoyo para la autoestima y la autoafirmación. Entonces el líder ya no deposita su confianza en el Señor, sino más bien en sus propias capacidades y cree que con un poco de práctica se puede aprender y hacer cualquier cosa. Este tipo de líderes siente que es la única persona adecuada para esa función y por lo tanto insustituible.

Muchas comunidades cristianas se han protegido de este tipo de tentaciones estableciendo un período de servicio. El coordinador es elegido por un número determinado de años, después del cual se hace una nueva elección. Además, se define el número de períodos subsiguientes posibles. De esta manera, la misma persona no puede ser elegida una y otra vez. Muchos grupos de oración y comunidades de la Renovación Carismática siguen este procedimiento. Una ventaja es que la persona elegida sabe de antemano por cuánto tiempo será su ejercicio. Sin

embargo, hay situaciones en las que Dios no limita su voluntad a tales reglas e incluso durante el servicio da indicios de que existe la necesidad de renunciar y pasar la responsabilidad a otra persona. Pero, por otra parte, cuando cumple su período completo, la comunidad puede proponer su extensión. Se necesita discernimiento

para saber si se trata de un llamado de Dios o simplemente afinidad y estima humanas.

La voluntad de Dios puede ser interpretada por los acontecimientos externos y las mociones internas. Se ha de recordar que la luz de la razón, que es el don de Dios a través del cual nos habla, es una herramienta importante para el discernimiento. El sentido común iluminado por la gracia de Dios es

una herramienta extremadamente valiosa para la toma de decisiones, incluyendo para el ministerio de dirección.

Dios puede llamar a su elegido —y lo hace— para que dirija una comunidad. Pero también lo exhorta a renunciar cuando sea necesario. Tenemos el ejemplo de Saúl, a quien Dios escogió como primer rey de Israel. Saúl perdió el favor de Dios durante su reinado. El motivo de este rechazo fue el pecado de infidelidad de Saúl. Un dirigente que desobedece a Dios y ejecuta su propia voluntad continuamente no puede guiar al pueblo de Dios. Cada pecado tiene una dimensión colectiva, e incluso el más oculto puede envenenar a la comunidad a la que pertenecemos. Esto no quiere decir, sin embargo, que el liderazgo es solo para gente libre del pecado «ya que todos pecaron y están privados de la gloria de Dios» (Rom 3,23). Pero si, como Saúl, el líder persiste obcecadamente en el pecado y no tiene una conversión profunda, no pueden guiar a la comunidad.

Los líderes están, en mayor o menor medida, sujetos a sus propias opiniones y pareceres. Lamentablemente, el ministerio de dirección puede favorecer la autocomplacencia y equidad de creencias, especialmente cuando los miembros de la comunidad confirman sus opiniones sin siquiera atreverse a buscar la voluntad de Dios. La razón por la que los miembros de la comunidad toman esta actitud es o bien para tratar de complacer al dirigente o bien por temor a su reprobación y valoración negativa. Si como líderes observamos que sin pensar rechazamos diferentes sugerencias e ideas o que duplicamos viejas soluciones ya «probadas» para sentirnos más seguros, entonces puede que sea la señal de que Dios nos llama a dejar la dirección a otra persona.

Hay una canción que dice: «No hay nadie como tú, no hay nadie igual a ti...»¹. Por desgracia, en la práctica, puede darse que un líder se repita en el corazón: «No hay nadie como yo, no hay nadie igual a mí». Alguien así no ve a nadie digno, adecuado o suficientemente responsable como para relevarlo en su servicio. Pero Dios intenta recordar a esos dirigentes que adquirieron su experiencia gradualmente, por lo general siguiendo el ejemplo de otros. El Espíritu Santo tratará de convencer a un líder así de que también asistirá a otra persona en la dirección de la comunidad.

Desafortunadamente, los líderes sedientos de poder procuran de mantener su puesto de manera irrefutable, en lugar de cumplir la voluntad de Dios. Incluso pueden poner una variedad pretextos vivazmente para quitar del camino a la potencial «competencia» o a personas con carismas, capacidad de organización y cualidades de liderazgo. Tal comportamiento no tiene nada que



Dios nunca deja de preocuparse por la comunidad ni por sus líderes. El llamado a renunciar al ministerio no es la manifestación del rechazo de Dios, sino un llamado a la conversión.



ver con el cumplimiento de la voluntad de Dios. En este contexto, hasta puede aparecer una especie de «manipulación espiritual» o el abuso de la autoridad espiritual para quitar los inconvenientes. El problema fundamental es que los dirigentes con actitudes de este tipo no quieren saber nada de Dios si no se confirman sus ideas y convicciones. Se trata de una situación similar a la descrita en el libro de las Crónicas (2 Cr 18). Acab, el rey de Israel, quería escuchar solo a los profetas que confirmaban sus planes para expediciones militares y rechazó al profeta Miqueas, el cual proclamaba la palabra de Dios advirtiéndolo al rey sobre la derrota y la muerte. Es una pena que aún hoy en día la manipulación de la Palabra de Dios y el abuso de los carismas para lograr fines personales y en particular para afianzarse en el poder conducen a un daño personal y comunitario.

Una señal de que el Señor nos pide que renunciemos podría ser una situación en la que pareciera que el líder se hubiese olvidado de que la comunidad dirigida es parte de la Iglesia de Cristo y comienza a tratarla como si fuese propia suya, tendiendo a controlarlo todo, incluso los asuntos privados de los miembros. En lugar de conducir a todos como grupo a la escucha del Señor y a cumplir su voluntad, el dirigente se vuelve como los labradores del Evangelio que trataron de usurpar la viña que les confiaron. Si el dirigente de alguna manera toma «la viña del Señor» y quiere apropiarse de todo, entonces debe renunciar por su propio bien y por el bien de la comunidad.

Dios quiere dar a su pueblo pastores y guías según su corazón (Jer 3,15). Estas palabras no solo se refieren a sacerdotes y obispos, sino a todos los discípulos de Cristo que ejercen el ministerio de dirección y la responsabilidad.

El Señor se vale de diferentes medios para hacer saber a los dirigentes que los está llamando a renunciar. Entre otras cosas, les hace ver cuán cerrados se han vuelto a nuevas iniciativas, soluciones e ideas y, al mismo tiempo, cuán aferrados están a sus viejos patrones y métodos. Si la sensación de seguridad se vuelve más importante que la fidelidad al llamado de Dios, el dirigente debe renunciar.

Lo mismo sucede cuando se observa el desánimo y la renuencia a actuar. ¿Sería posible tener una actitud de «tengo un cargo y eso basta»? Vale la pena recordar las palabras de san Ambrosio en su comentario sobre la prisa con que María fue a visitar a Sta. Isabel: «La lentitud en el esfuerzo es extraña a la gracia del Espíritu» (sermón 25, 7-8: PL 46, 937-938; cf. oficio de lecturas [IV semana de Adviento], 21 de diciembre). A un líder que le moleste que haya personas activas que están dispuestas a trabajar y quieren un cambio puede ser una señal de que el Señor lo está llamando a renunciar.

El llamado de Dios a abandonar la dirección puede implicar un cambio de estilo de vida, sobre todo si las nuevas circunstancias requieren dedicar más tiempo y esfuerzo a la vida profesional y familiar, a la salud y a otros temas que no están relacionados con

el grupo. El ministerio de dirección requiere cierta disponibilidad, por lo que si objetivamente las circunstancias no permiten sacrificar la cantidad de tiempo, atención y esfuerzo necesarios, podría significar la necesidad de renuncia.

Cundo culmina un período de servicio, los líderes maduros que cumplen la voluntad de Dios deberían identificar dentro del grupo a las personas preparadas para el ministerio de dirección. Los líderes maduros se harán cargo del continuo crecimiento espiritual de la comunidad a través de la delegación de responsabilidades y la preparación de los que puedan asumir funciones de coordinación en el futuro. Es importante poner la obediencia a la voluntad de Dios por encima de todos los gustos personales (cf. 1 Sam 16,7).

A veces un dirigente puede sentir el llamado a renunciar sin saber por qué. Son dirigentes fieles que sirven al Señor con integridad y desinterés; sin embargo, sienten la moción en su interior de que han de renunciar a su puesto. Esta «moción» necesita discernimiento y un método práctico para discernir el llamado de Dios con respecto a la renuncia es escribir, después de un momento reflexión orante, las razones para continuar en el ministerio y aquellas para renunciar. Un acompañante espiritual podría ayudar a hacer un mejor discernimiento: lo protegerá de la subjetividad y lo ayudará a reconocer la voz de Dios en las circunstancias en las que se encuentra y también lo guiará en cómo distinguir la voz de Dios en medio de sus propios miedos y ambiciones, y lo ayudará a ver las tentaciones del maligno.

Dios puede llamar al líder a pasar la antorcha a través de las decisiones de los pastores de la Iglesia. A ellos se les ha dado la tarea de discernir la autenticidad del carisma y su adecuado uso en la Iglesia. En caso de que el obispo o los pastores pidan la renuncia de un líder, por lo general el espíritu de humildad exige la obediencia a dicha petición. Esto es muy difícil, pero se requiere un espíritu de humildad en este tipo de situaciones, así como la confianza en el Señor.

Dios nunca deja de preocuparse por la comunidad ni por sus líderes. El llamado a renunciar al ministerio no es la manifestación del rechazo de Dios, sino un llamado a la conversión. Dios quiere llevar a los líderes a una nueva libertad si usan su ministerio como una herramienta para aumentar la autoestima y tener cierta posición, más que por el bien de la comunidad.

Es importante que cada dirigente combine hábilmente generosidad y dedicación en el desempeño de su ministerio con la capacidad de ponerse a disposición del Señor en cualquier momento. Él llamó al dirigente para que sirviese a la comunidad y con su gracia puede pedirle que renuncie al ministerio en el momento adecuado. Cualquiera que haya experimentado la bendición de Dios asumiendo el ministerio de dirección experimentará una nueva bendición para responder al llamado del Señor a renunciar a él. 📧

Después del liderazgo: Por dónde empezar

■ Allan Panozza



Mi esposa Carmel y yo empezamos en la Renovación Carismática Católica en febrero de 1978. Nos invitaron a una reunión de oración semanal en un monasterio carmelita en el suburbio de Donvale en Melbourne, que también resultó ser la primera noche de un curso de iniciación de ocho semanas conocido como seminario de vida en el Espíritu. Ese seminario fue para mí el comienzo de una nueva etapa en mi vida, cuyo punto de partida fue el momento en que un pequeño grupo de personas impuso sus manos sobre mí y oró para que recibiera lo que ellos llamaban bautismo en el Espíritu Santo. Escuché que en sus oraciones pedían a Dios que derramara su Espíritu Santo sobre mí como sucedió cuando san Pablo se encontró a Cristo resucitado en su viaje a Damasco. A medida que oraban e me imponían las manos también tuve un encuentro con la persona de Jesús mediante una nueva experiencia de su presencia, y recuerdo que le decía a Dios en silencio —y lo digo en serio—: «Te entrego mi vida». En ese momento empecé a orar y alabar a Dios en voz alta en lo que llamaban don de lenguas. Desde ese día mi vida empezó a cambiar. Comencé una nueva relación con Jesús: previamente podía decir que sabía de él, pero ahora podía decir con absoluta convicción que «lo conocía».

Al hablar del papel del líder, en primer lugar he de destacar lo que significó para mí durante casi treinta años de experiencia en el liderazgo a nivel local, nacional e internacional.

Cuando nos integramos a un grupo de oración carismático tenía un puesto importante en una empresa multinacional y, para mi sorpresa, en 1985 los coordinadores locales me invitaron a trabajar a tiempo completo para la Renovación en Melbourne como director ejecutivo. Después de pedir al Señor discernimiento, acepté el compromiso con la condición de que el arzobispo sancionara el nombramiento, y toda la Renovación diocesana me aceptara en esa importante responsabilidad. Como preparación para dicho servicio frecuentaba una capilla de una escuela católica local para orar fervientemente ante el Santísimo Sacramento, pidiéndole a Jesús que me diera los dos dones que sentía que eran necesarios para esta nueva e importante misión del Señor. De los dos dones que pedí, el primero era sabiduría para que yo pudiera hablar y enseñar en el poder del Espíritu Santo y no con mi propio poder. El segundo era el don de la humildad, de modo que en mi ministerio Jesús fuese el que recibiera la alabanza y la honra. Un día al anochecer cuando estaba a punto de salir de la capilla tuve una experiencia extraordinaria. En el silencio escuché claramente que Jesús me decía estas palabras: «Allan, no me pidas estos dones. En vez de eso, pídemelos que te atraiga cada día hacia mí para una relación más profunda conmigo, y luego te daré los dones que necesitas...». Eso se convirtió en el patrón de mi oración, confiando cada vez más en Jesús que es la fuente de mi ministerio.

Durante años he sido testigo de milagros como resultado de la oración por diferentes necesidades, pero siempre mediante la presencia de Jesús dirigiéndome desde dentro. De vez en cuando me encontraba con grupos de oración en los que uno o varios responsables se quejaban de que no eran apoyados por los otros responsables, o que no eran ratificados en lo que creían que era

su propio ministerio. En mi opinión, es absolutamente necesario que las personas que tienen una responsabilidad, y también los equipos de servidores en su conjunto, oren fervientemente para que la gracia del Señor se derrame sobre ellos con el fin de mantener la unidad y evitar la división. Creo que el mayor enemigo al que nos enfrentamos como dirigentes es la falta de unidad, la cual puede penetrar en el grupo de oración o comunidad como la tinta en el papel. Si cada equipo de servidores ejerciese su autoridad en amor y armonía, se vería el buen fruto en abundancia. Si un responsable decide no juzgar a otros responsables sino ratificarlos y ver lo bueno en ellos, el poder del Espíritu Santo se derramará en abundancia. El éxito o el fracaso de un líder en última instancia se medirá por el ejemplo que hayan dado.

¿Cuáles son los frutos del Espíritu Santo (Gal 5,23) que se hacen evidentes cuando todavía están sirviendo como líderes dentro de la RCC o han dejado ese puesto? Un buen liderazgo mira hacia el futuro, y la necesidad de permitir que el «agua fresca» fluya a través del grupo trayendo todos los dones con los que Jesús va a bendecir su servicio. Si un dirigente se apega de manera malsana a su puesto negándose a aceptar el discernimiento del cuerpo de que su tiempo ya ha pasado, el amargo fruto de su ministerio pronto será patente. Un buen axioma es: «no se limiten a hacer lo que digo, sino también lo que hago». Creo que mi ejemplo de vida ha de ser mi mejor forma de dar testimonio, y lo seguirá siendo para los que siguen en el liderazgo, o incluso para aquellos que ya no asisten a las reuniones de oración o actividades. Mi consejo final a los dirigentes de la RCC es nunca olvidar que todos somos miembros del Cuerpo de Cristo, la Iglesia. Al escribir a los efesios sobre la santidad del matrimonio, san Pablo usa como símil la relación entre Cristo y la Iglesia: «Pues nadie jamás ha odiado su propia carne, sino que le da alimento y calor, como Cristo hace con la Iglesia, porque somos miembros de su cuerpo» (Ef 5,29-30).

Como persona elegida por Jesús de manera especial para estar totalmente comprometida con su obra de renovación de la Iglesia, el dirigente de la Renovación Carismática Católica debe tener un deseo de crecer en el amor a la Iglesia y de profundizar en su relación con ella. Desde el 2011, cuando dejé todas mis funciones de dirección en la Renovación, el Señor me ha llevado a otras formas de ministerio, dando testimonio de mi relación con Jesús a través de mi participación activa en la vida parroquial: a esos otros ministerios como el de la comunión, llevando el viático a los enfermos, y el del lectorado en la Iglesia local, y presidiendo la liturgia de la Palabra cuando no hay ningún sacerdote disponible. También sirvo orando por otros en sus necesidades y dándoles consuelo. Todo esto me hace feliz porque soy consciente de la sólida coordinación que hay actualmente en la Renovación australiana, a la que asesoro cuando se me solicita. Creo que puedo resumir mis casi treinta y cinco años de liderazgo en la Renovación con las palabras de san Pablo: «Pues nunca entre ustedes me precié de saber cosa alguna, sino a Jesucristo, y este crucificado. También yo me presenté a vosotros débil y temblando de miedo; mi palabra y mi predicación no fue con persuasiva sabiduría humana, sino en la manifestación y el poder del Espíritu» (1 Co 2,2-4). 🏹



PREGUNTAS A LA COMISIÓN DOCTRINAL DE ICCRS

La Comisión Doctrinal de ICCRS, actualmente presidida por la Dra. Mary Healy, consulta con teólogos y especialistas de todo el mundo.

Si tiene alguna pregunta sobre la RCC, envíela a newsletter@iccrs.org

¿Es legítimo «proclamar» o «declarar» sanaciones?

Entre algunos cristianos se da la práctica de «proclamar» en fe bendiciones de Dios particulares: «Proclamo la sanación de tal persona» o «declaro que voy a conseguir tal cosa». ¿Cuál ha de ser la postura de un católico ante la afirmación de que «lo que sale de tu boca se cumple» en relación con las gracias de Dios?

La respuesta depende de lo que uno esté proclamando. Si estamos proclamando una bendición que proviene de nuestra identidad y herencia en Cristo —por ejemplo, proclamar que nuestros pecados han sido perdonados (Col 1,14) o que Dios se encargará de nuestras necesidades (Mt 6,30-33), o proclamar nuestra autoridad como hijos de Dios (Lc 10,19)—, entonces es correcto proclamar estas cosas. A fin de cuentas, todo ello nos pertenece en Cristo. Pero, por otro lado, si proclamamos una bendición específica de Dios que aún no se ha dado, tal como una curación física o un favor económico, entonces podemos meternos en problemas.

Vamos a suponer que oramos por alguien para que sea sanado. Podemos esperar confiadamente en que Jesús manifestará su poder por medio de nosotros, tal como lo prometió: «A los que crean, les acompañarán estos signos... Impondrán las manos a los enfermos, y quedarán sanos» (Mc 16, 17-18). Pero cómo y cuándo puede darse dicha sanación en particular en la vida de esa persona depende de muchos factores, entre ellos: el tiempo, la fe del que ora, la fe del que recibe oración, la eliminación de obstáculos interiores y la misteriosa voluntad de Dios. Debemos orar con una confianza sin límites, pero sin pensar que de alguna manera podemos forzar la mano de Dios proclamando una respuesta específica a nuestra oración.

Existe una diferencia esencial entre confiar plenamente en que el Señor concederá una gracia particular y el peligro de presumir que el Señor concederá la gracia de manera tal que se descarte el misterio de su voluntad soberana. La presunción es peligrosa porque reemplaza una verdadera relación de confianza con Dios por una fe superficial y supersticiosa que se vale de fórmulas impersonales para conseguir lo que se quiere. En lugar de buscar el corazón del Señor pidiendo, buscando y llamando (cf. Lc 11, 9-10), estamos tratando de manipular a Dios. En vez de poner la fe en el Señor, estamos poniendo la fe en nuestra propia fe. Es evidente

que una fe así de desviada se da cuando la persona pierde la fe en Dios ya que no se le concedió lo que proclamó.

Promesas dadas a través de una palabra profética

¿Y si es una situación en la que Dios ha prometido una bendición o curación específica a través de una palabra profética? Entonces es correcto tener una confianza expectante e incluso dar gracias

a Dios de antemano por lo que ha prometido. Si la palabra profética era auténtica, se dará la bendición, casi siempre cuando precisamente la recibimos con fe. Esto es cierto sobre todo si tenemos el carisma de fe (1 Cor 12,9), el cual da una certeza sobrenatural de que Dios está a punto de actuar de una manera poderosa. Por lo general, los resultados del ejercicio de este don son milagrosos.

Sin embargo, hay que reconocer humildemente que nuestra profecía y nuestro conocimiento en este mundo son imperfectos (1 Cor 13,8-9). Algunas veces nos equivocamos con las palabras proféticas o su interpretación. Si de verdad nuestra fe está puesta en Dios y no en nosotros mismos, él la recompensa con abundancia, incluso

cuando lo que recibimos no es exactamente lo que esperábamos.

Sanaciones que ya se han dado

¿Y si la sanación ya se ha dado? ¿Proclamamos la sanación incluso si sentimos que los síntomas empiezan a aparecer de nuevo? Muchas veces el maligno trata de robarnos la bendición que el Señor nos ha regalado, o hacer que dudemos de una sanación o un milagro que el Señor ha obrado. En este caso, es justo proclamar la sanación en fe, puesto que no estamos manipulando a Dios, sino reconociendo en fe lo que Dios ya ha hecho.

En resumen, podemos orar con expectación por bendiciones específicas de Dios, manteniendo una postura de receptividad agradecida por las gracias divinas. Pero debemos tener cuidado con proclamar algo que no sea lo que Dios ya ha hecho por nosotros en Cristo. Nuestra fe siempre debe dejar espacio a la misteriosa acción del amor de Dios que es mayor de lo que podemos imaginar y a la soberana actividad del Espíritu Santo, que sopla donde quiere (Jn 3,8). 🕯

